

EL SOMBRERO DEL CURA



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON

BIOGRAFÍAS

EMILIO DE MARCHI: Nació en Milán, en 1851, en el seno de una familia pequeño burguesa. Pronto quedó huérfano de padre. No obstante las dificultades económicas familiares, se licenció en Letras y llegó a ser profesor de estilística en la Academia Científico-Literaria de Milán. Dirigió su copiosa actividad literaria en muy diversas direcciones. Al abrigo de la *scapigliatura* lombarda, fundó y colaboró activamente en la revista *La vita nuova*, que más tarde abandonó por divergencias ideológicas. Tradujo en verso las *Fábulas* de La Fontaine. Cultivó el periodismo, la crítica literaria, el ensayo, la poesía, el teatro, el relato breve y la novela. Y fue en este campo que alcanzó sus mayores logros: *El sombrero del cura*, publicada por entregas en dos rotativos: *L'Italia* (1887) y *Corriere di Napoli* (1888), y más tarde, en volumen único por la histórica editorial Treves (1888), y que hoy es considerada el feliz punto de arranque de todo un género en Italia: el popular *giallo* (de su éxito dan cuenta sus numerosas reimpresiones y su traslación cinematográfica y televisiva). A ésta siguieron: *Demetrio Pianelli* (1890), unánimemente considerada su gran obra maestra; *Arabella* (1892); y *Giacomo l'idealista* (1897). De conformidad con su noción de la función social de la literatura y el literato –de ascendencia manzoniana y que vertebró el conjunto de su obra–, ya hacia el final de sus días, dirigió junto con el editor Vallardi una colección de lecturas populares, *La buona parola*, a la que contribuyó con diferentes volúmenes. Participó intensamente de la vida política y social de la ciudad, tomando parte en numerosas iniciativas pedagógicas y filantrópicas. En 1900, fue nombrado Caballero de la Corona de Italia. Murió en Milán, en 1901, con apenas cincuenta años, incapaz de superar la muerte de su hija predilecta, acaecida en 1897.

RUBÉN LÓPEZ CONDE: Licenciado en poética del café, lector voraz y obstinado inquiridor del mundo, este apasionado del arte, historiador y coleccionista, ha desarrollado su actividad académica en diversos centros de investigación y universidades europeas (entre otras, la Lusófona de Lisboa y la Escuela Española de Historia y Arqueología-CSIC de Roma). Sus investigaciones, centradas en la cultura visual, el teatro y la escenografía barroca y las relaciones artísticas italo-españolas, han encontrado acomodo en algunas de las más prestigiosas revistas de su especialidad. Su amor por las letras y los libros, su pasión por el malabarismo verbal, su entusiasta afición por el combate dialéctico, lo han llevado –como no podía ser de otro modo– a cofundar la editorial Ginger Ape Books&Films, en la que hoy trabaja como traductor, diseñador, editor gráfico y literario.

Emilio de Marchi
EL SOMBRERO DEL CURA

Traducción: Rubén López Conde



GINGER APE BOOKS&FILMS

Título original: Il cappello del prete
Autor: Emilio de Marchi
Traductor: Rubén López Conde

Colección: Thompson&Thompson
TT01-00001-A
Primera edición en Ginger Ape: mayo de 2012

© De la presente edición: Ginger Ape Books&Films, S.L.

© De la traducción: Ginger Ape Books&Films, S.L.

© Copyleft.

Ginger Ape Books&Films, S.L. autoriza la reproducción total o parcial de esta obra y su difusión por medios impresos o telemáticos siempre que el uso y/o la distribución no persigan fines comerciales.

ISBN: 978-84-940146-0-4

Depósito legal: AL-279-2012

BIC: FFC

Printed by Publidisa

Ginger Ape Books&Films, S.L.

www.gingerapebooks.com · www.facebook.com/gingerapebooks

ÍNDICE

Primera parte.....	09
I. El barón y el cura	11
II. La trampa	21
III. La víspera del crimen.....	31
IV. El crimen	35
V. Después del crimen – Sensaciones.....	45
VI. Filipino el sombrerero	57
VII. Demasiada suerte	63
VIII. El sombrero	67
IX. El cura resucita	71
X. Primeros sobresaltos.....	77
XI. Remordimiento de conciencia	83
XII. El fantasma del sombrero	89
XIII. Miedos... ..	95
XIV. Una visita al muerto	103
XV. En casa de Filipino	111
XVI. El cazador.....	119
Segunda Parte.....	131
I. La mano de la justicia	133
II. La orgía	139
III. Lo han arrestado.....	145
IV. El asesino del cura.....	151
V. En las carreras	161
VI. Otro gran culpable	171
VII. No ha lugar.....	175
VIII. El castigo	177
IX. Un muerto y un resucitado.....	197

PRIMERA PARTE

El barón Carlo Coriolano de Santafusca no creía en Dios y menos aún en el diablo; y por más que buen napolitano, tampoco en las brujas o en el mal de ojo.

A los veinte años quiso hacerse fraile, pero topó con un cultivado científico francés, un tal doctor Panterre, perseguido por el gobierno de Napoleón III por difundir ideas materialistas y anarquistas, y con la fantasía tumultuosa y violenta que es propia de los meridionales, quedó prendado de las doctrinas de aquel extraño conspirador, que tenía, por todo lo demás, una curiosa cabeza, toda hueso, con dos grandes ojos de halcón; en resumen, un terrible seductor.

Por aquellos años, el barón leía muchos libros y tomaba con toda seriedad la ciencia: pero no hubiese sido él si por amor a la ciencia hubiese renunciado a las bellas mujeres, al juego, al buen vino del Vesubio y a sus queridos amigos. El libertino tomó las manos del fraile y del nihilista, y de la fusión de estos tres hombres surgió el barón, único en su género, gran jugador, gran fumador, blasfemo a los ojos del Eterno. Nada, y al mismo tiempo, amable camarada, ídolo de las mujeres, valiente como un negro y, ciertas noches, fantasioso como un brahmán.

Hablamos del barón en su primera juventud, cuando no pasaba de los treinta años. Nápoles era entonces una gran fiesta garibaldina, blanca, roja y verde. Las mujeres abrazaban a los apuestos soldados en la calle y alzaban a los niños sobre sus hombros para que Garibaldi los bautizase en el santo nombre de Italia. Se encendían velas y colgaban guirnaldas ante el retrato del héroe, como se hacía ante San Genaro¹ o la Virgen Santísima.

Santafusca tomó parte breve y brillante en las últimas escaramuzas y fue herido en la frente. Le quedó una cicatriz sobre la ceja... pero los

¹ Conocido santo patrón de Nápoles [N. del T.].

buenos tiempos habían pasado.

Hoy tenía cuarenta y cinco años, una gran barba negra, un rostro quemado por el sol y los licores, un gran deseo de gozar de la vida y una miseria profunda.

Ya no disfrutaba de crédito, ni siquiera entre amigos o parientes, a quienes había disgustado con su vida disipada y su brutal impiedad.

Al fraile, al nihilista y al libertino, se unía ahora un pordiosero desesperado, reducido a sus cuarenta y cinco años a mendigar a la criada unas pocas monedas para almorzar y tomarse un coñac.

En el casino, su nombre figuraba en el registro de los insolventes, y puesto que nunca pagaba las deudas de juego, todos huían ahora de él como de la peste.

Y en efecto, como un verdadero apestado se sintió el día en que el canónigo administrador del Sacro Monte de las Huérfanas mandó recado perentorio para hacerle saber que, si en una semana no restituía el título de quince mil liras que tenía en adeudo, el Consejo de Administración denunciaría su caso ante el procurador del rey.

Los Santafusca, por antiguo derecho, formaban parte del cabildo del Sacro Monte; y en su calidad de benefactor y consejero, el barón, presa de la necesidad, había pescado a fondo en las arcas de la institución, dando garantías falsas o poco sólidas. Ahora, sus manejos salían a la luz.

El canónigo lo había dejado claro:

«Si V.E. no devuelve a esta piadosa Casa el título adeudado, el Consejo se verá en la dolorosa necesidad de llevar el caso ante los tribunales».

El barón nunca sería empujado a los tribunales, eso estaba claro. Era lunes santo y aún quedaban por delante casi quince días hasta el fatal vencimiento. En quince días, un hombre de su ingenio, que todavía no deseaba volarse los sesos, debía encontrar la manera de escapar a la prisión.

Por otra parte, ¿qué prisión habría podido retenerlo? ¿No había bosques en la Calabria; o es que acaso había desaparecido la raza de los bandoleros?

No era la primera vez que un Santafusca se había lanzado al monte; en tiempos lejanos, un antepasado suyo, don Nicolás, había estado con Fra Diavolo² por la peñas de Mojella; en cualquier caso, el barón sentía que

² Fra Diavolo (Itri 1771 – Nápoles 1806), popular sobrenombre del temible bandolero, héroe partisano y militar borbónico Michele Pezza. Siendo aprendiz de guarnicionero, asesinó a su maestro y al hermano de éste, que había jurado venganza. Fugitivo de la justicia, huyó a los montes y, más tarde, a Roma. Sin embargo, sacó rédito del progresivo avance de los

quince días no era tiempo suficiente para convertirse en bandolero.

Necesitaba por tanto encontrar algún otro recurso más expeditivo y menos melodramático. ¿Huir? No cabía pensarlo, pues cuando se es pobre se viaja mal. ¿Pedir un préstamo? ¿A quién, si no había un alma que quisiera dejarle un cuarto? ¿Jugar? ¿Tentar la suerte? Nadie quería mezclar cartas con él y, además, el que juega no siempre gana.

No le quedaba más que su villa en Santafusca, a unos cinco kilómetros de Nápoles, que todavía podía reportarle algunos miles de liras, siempre y cuando vendiese hasta el último clavo, pues un tercio ya estaba hipotecado al marqués de Vico Spiano, otro estaba en ruina, y el tercero constituía su refugio, su techo, el abrigo del pobre hombre en la tierra.

Aun vendiendo lo que todavía poseía, no hubiese podido reunir las quince mil liras; y después no sería más que un pobre vagabundo, completamente despojado, sin un colchón donde siquiera reposar.

Si todavía el barón de Santafusca contaba con alguna cosa en este mundo, si aún tenía la esperanza de sacar unos cientos de liras para aliviar el hambre y la sed, aquel crédito, aunque disminuido, provenía de su viejo palacio, que imponía todavía un cierto respeto sobre el vulgo y que sostenía, mediante la cadena de la tradición, a un hombre ya reducido a simple polichinela.

Necesitaba encontrar las quince mil liras, y casi había llegado al jueves santo sin ningún resultado.

Finalmente, le vino a la cabeza el cura Cirilo.

¿Quién era el cura Cirilo?

No había mujerzuela ni pescadera ni hampón de los distritos de Pendino y Mercato³ que no conociese al cura, que habitaba, por lo demás, en el barrio más pobre de la ciudad, en un desván cerrado entre los tejados

ejércitos napoleónicos hacia el Sur de Italia: conmutó la pena de muerte por trece años de servicio militar en los regimientos borbónicos, entrando pronto en combate y destacando en intrépidas acciones de guerrilla (lo que le valió la estima del monarca Fernando IV, que con el tiempo llegaría a nombrarlo coronel). Tras numerosas acciones heroicas de liberación del Reino de Nápoles (salpicadas de atrocidades), Fra Diavolo fue capturado por los franceses, juzgado sumariamente y ahorcado en la plaza Mercato de Nápoles, en abril de 1806. Desde entonces, su nombre entró a formar parte de la leyenda y la cultura popular, siendo invocado por destacados literatos (caso de Dumas, Irving o Hugo), y llegando incluso a inspirar una ópera (*Fra Diavolo* de Daniel-François Auber) y numerosas películas [N. del T.].

³ Populares barrios de la ciudad de Nápoles [N. del T.].

de varias viviendas, un lugar sobre el que jamás descendía el bendito ojo del sol, y en el que gobernaba soberano el pútrido hedor del pescado que el populacho freía en patios y calle.

Viéndolo caminar por la calle, nadie hubiese dado un ochavo por aquel curastre todo sombrero, vestido de hábito mugriento, bajo un manteo verduzco y raído que hacía de colador al viento, con un rostro alumbrado como de pescado frito.

Sus manos eran largas, flacas, lustrosas, como ramas de olivo, con uñas más fuertes que las grúas que levantan en el puerto los barriles y fardos de las merluzas.

Sus piernecillas, secas como las tibias de los santos, culminaban en dos zapatos desgastados, grandes como las barcazas que hacen cabotaje entre los puertos de Nápoles y Mesina.

El cura Cirilo era un hombre colmado de dinero, que había reunido un poco por medio de la usura a carniceros y pescaderos, y mucho mediante la lotería. Se decía que el cura conocía bien los números y que, con la ayuda de ciertos cálculos cabalísticos descubiertos en un viejo libro, ganaba la lotería cuantas veces quería. Se decía también que el nigromante había proporcionado buenos números a ciertos individuos, aunque era receloso y no se dejaba enredar por cualquiera.



Es en casa del cura don Cirilo donde nos encontramos ahora al barón, que no ha perdido el tiempo durante las Pascuas...

El cura le ofreció una silla de madera con las aneas desvencijadas, cerró la puerta concienzudamente y se sentó ante una mesa cargada de papeles y libros viejos. Entonces dijo el barón:

—¿Lo ha pensado ya, don Cirilo?

—Lo he pensado.

—Y la villa, ¿la ha visto usted?

—La he visto, Excelencia.

—¿Y le gusta?

—No me gusta mucho, pero no estoy lejos de adquirirla. Le doy veinte mil liras, Excelencia.

—Haría usted blasfemar a un eremita, don Cirilo. Si había dicho cuarenta mil en principio, después treinta, y ahora dice veinte, por la sangre de...

Y el barón comenzó a prorrumpir blasfemias.

—Está bien, está bien, le daré treinta —interrumpió el cura, poco amigo de las palabras soeces—, pero debe usted demostrarme que la casa está libre de toda hipoteca.

—Le he jurado que lo está, como lo está mi propia mano, y un caballero nunca jura dos veces.

—Un caballero no tiene necesidad de jurar. Le bastan los documentos.

—Lleve usted si quiere a un notario.

—No tomo la villa para mí y menos, con mi dinero. ¿Qué podría hacer yo, pobre siervo de Dios, con una villa?

—Umm, ¿y quién puede creerle? Si dicen que tiene usted el jergón lleno de oro.

—Vea usted mismo si esta es la casa del rico Epulón.

—Dicen que usted conoce los números de la lotería.

—Otra calumnia más de ignorantes difamadores. Si conociese los números, sería rico, y si fuera rico, no viviría de mis modestas misas y sus pobres muertos, en medio de estas gentes que me hostigan.

—¿No es cierto que gana usted un terno y un cuaterno todas las semanas?

—¡Válgame Dios! ¿Puede usted, hombre de mundo, creer esas patrañas? Una sola vez, y para salvarme de las amenazas de mis enemigos, di los números que habían de salir, y desde aquel día no he obtenido la paz, ni siquiera sobre el altar. Sí, hasta en la iglesia oigo las voces de mujeres que me dicen: «¡Por el amor de Dios, déme usted tres números! Hágalo usted por San Genaro bendito».

El cura Cirilo hablaba con pasión, con temor, con sinceridad, abriendo sus diez dedos nudosos, que se agitaban trémulos en el aire.

—Yo puedo salvarlo de esta persecución —dijo el barón.

—El pasado enero, unos rufianes me secuestraron y me tuvieron encerrado en un subterráneo, amenazándome de muerte y golpeándome con cadenas para que les diese los números.

—¿Y se los dio usted?

—Tantas veces invoqué a la Virgen del Carmen y al Divino Espiritu para que me iluminaran y salvaran. Claro que se los di.

—¿Y tocaron?

—Todos.

El barón alzó la cabeza, aflorando en sus ojos el entusiasmo. Miró en derredor, convencido de estar en la casa de un mago.

—Fue la misericordia divina la que me hizo salvar; no la virtud

cabalística como cree la gente. Pero aquel día perdí la paz. Mis escaleras están siempre atestadas de infelices que quieren *los números*, y debo refugiarme con frecuencia en lugar sagrado por miedo a que me prendan, encadenen y torturen otra vez.

—Está bien, yo le ayudaré, don Cirilo. Pero debe ser justo y darme las cuarenta mil liras.

—Usted me ayuda a mí y yo lo ayudo a usted, Excelencia. Usted me libra de las manos de los desdichados y yo lo salvo a usted de la... prisión.

El barón se removió inquieto en la silla, mirando en derredor con espanto y alzando ligeramente el bastón con puño de plata en el que apoyaba la barbilla de cuando en cuando.

—¿No es verdad que la *domenica in albis*⁴ debe usted liquidar una suma que no obtiene por ninguna parte?

—Es usted un inquisidor —murmuró el barón desconcertado.

—Debía recabar mis informes, ¿es justo, no? Y no por eso renuncio a ayudarle; al contrario le digo: ayudémonos mutuamente. Usted necesita quince mil liras y yo le doy treinta. Le daría cuarenta si no hubiese descubierto que hay una hipoteca en favor del marques de Vico Spiano.

—La gente tiene razón. Es usted un nigromante, un gran cabalista —dijo riendo el barón, alzando otro poco su bastón.

—Debía tomar mis precauciones, alma bendita. ¿Y no es cierto acaso que voy a ayudarle? El palacio no lo tomo para mí. Además, quien haya de habitarlo deberá gastar otro tanto en reparaciones. Cierto es que me quedará un pequeño pico para mis pobres herederos, pero la verdadera ganancia será para mí un lugar donde vivir en el campo, un sitio seguro, alejado de las persecuciones, en el que cubrir las necesidades de mi alma pecadora.

—Seguro estoy de que cuidará también de que no se pierda la mía —dijo el barón suavizando la voz y fingiendo una improvisada compunción—. Usted ya sabe que estoy arruinado y que sólo me queda Santafusca, última tabla de mi naufragio. Si no me ayuda usted, tendré que volarme los sesos.

El barón sacó un pañuelo y se lo pasó tres veces por los ojos, con gran maravilla del cura Cirilo, que nunca había visto a nadie llorar. Ahora, aquel pecador impío, aquel maldito blasfemo, aquel desgraciado libertino, al filo del nefando precipicio, le rogaba a él, pobre siervo de Dios, que tuviese piedad de su alma.

⁴ Primer domingo después de Pascua [N. del T.].

Algo tierno y compasivo resonó por debajo de la coraza metálica de su avarienta alma. Suavizando la voz, añadió:

—Yo salvaré su alma y su cuerpo, barón de Santafusca; y si consigo que me paguen bien la villa, soy hombre justo, y me acordaré de sus necesidades. Ahora, debe usted de inmediato abandonar Nápoles, y, mañana, yo mismo pagaré al canónigo las quince mil liras. El jueves, día 4, iré a la villa y os daré el resto. Y por fin podré decir adiós a esta maldita ciudad que se ha convertido en mi infierno. Necesito algunos días para arreglar mis asuntos y espero que Dios me ayude a salvarme y a salvarlo a usted.

—Creo realmente que el mismísimo Dios lo ha puesto en mi camino —dijo el barón, fingiendo tener todavía el alma compungida y anegada por el dolor—. Le espero en la villa y procure usted que nadie sepa de su partida. La gente lo perseguiría hasta el infierno con tal de conseguir los números.

—Lo sé, y ya he estudiado la manera de evitar a los entrometidos.

—Pero lleve usted consigo el dinero, por amor de Dios, que estoy muerto de hambre.

—Y usted no olvide al notario.

—¿Conoce a don Nunziante?

—Perfectamente, es todo un caballero.

—Lo llevaré conmigo y extenderemos el contrato. Adiós, don Cirilo.

—Vaya usted con Dios, Excelencia. Hasta el jueves.

Cirilo cerró rápidamente la puerta para que nadie pudiese oír sus combinaciones y se frotó alegremente las manos, como quien es consciente de haber rematado un buen negocio. Y, en verdad, así lo había hecho el viejo zorro, que razonaba del siguiente modo:

«El barón tiene necesidad urgente de dinero y no puede perder mucho tiempo en negociaciones. Monseñor arzobispo desea la villa, que quiere destinar a seminario y colegio de teología. El vicario estaba encargado de hablar con el barón, y lo hubiese hecho si las funciones de Semana Santa no se lo hubiesen impedido.

»La mesa arzobispal está dispuesta a ofrecer hasta cien mil liras, dada la aventajada posición de la villa, ni muy lejos ni muy cerca de la ciudad, pudiendo además servir de villa de recreo para Su Eminencia.

»Si llego a tiempo de cerrar el contrato antes del domingo por la mañana, una vez que sea dueño de la finca y haya comprado la hipoteca del marqués, tendré la sartén por el mango. Treinta mil y diez mil hacen

cuarenta mil, que cambiaré, en el curso de unos pocos días, por cien mil. Incluso gastando cincuenta mil sería un brillante negocio».

Encerrado en su cuartucho, llevado por la más sórdida avaricia, el viejo cura podía casi sentir en su alma oxidada el éxito de aquel negocio. Estrujándose y frotándose las manos, pensaba que podría pedir al arzobispo hasta ciento veinte mil liras e incluso exigir una estancia en el colegio, misa diaria, comida y limpieza. Pensaba que podría quizá limitar la cuenta del marqués, aduciendo que el barón era un hombre arruinado; y todavía más: con la excusa de salvar un alma, podría persuadir al canónigo del Sacro Monte de las Huérfanas de contentarse con la mitad de la suma, manteniendo en secreto el asunto.

El cura Cirilo veía crecer su fortuna por todas partes; a la luz amarillenta de la ventana, su rostro de pescado frito fosforescía como vieja moneda de oro. Sólo faltaba que el barón picase el anzuelo.

Cogió un grueso volumen, una *Summa Theologica* infolio del gran Tomás de Aquino, que le servía de registro y caja, y comenzó con su amarillenta uña a repasar la larga lista de préstamos que había concedido, considerando cuáles podría exigir de inmediato y cuáles endosar a un prestamista amigo suyo al que decían el Moyuelo, con quien había mantenido relaciones comerciales desde antiguo.

Recorrió ávidamente con la mirada las columnas en que tenía anotadas las sumas de sus títulos: Banco de Nápoles, deuda del Estado, acciones de la compañía ferroviaria, del servicio napolitano de tranvías, etcétera; y en medio, muchos recibos y bonos de empeño, garantías, hipotecas, pagarés y letras de cambio, anotaciones que ocupaban todo un cuaderno del libro, aquel en que el Doctor Angélico⁵ se refería al *habitus operativus*⁶. Reunió y ató en un legajo aquel tesoro de papeles mugrientos, cerró el libro con una vuelta de cordón y lo guardó en una caja de caudales que tenía bajo la cama, asegurada al muro con una cadena de hierro.

Se puso el manteo, se caló un viejo tricornio y salió con su habitual precaución, deseando pasar una hora con el Moyuelo.

Hizo caso omiso de la gente: ahora, el viejo cabalista parecía dispuesto a burlarse de sus hostigadores.

—Don Cirilo, santo padre, déme los tres números y que la Virgen del Carmen le asista... —dijo una vieja desgredada que hacía punto junto a la puerta.

⁵ Esto es, Tomás de Aquino [N. del T.].

⁶ Aquella parte de la *Suma* en la que Tomás de Aquino se refiere a los vicios (*habitus operativus malus*) y las virtudes (*habitus operativus bonus*) [N. del T.].

—Mira, allí va el cura; ¿cuándo me dará los números? —grito un aguador, padre de siete criaturas.

—Si los tuviese... pero no son seguros —respondió el cura.

—Démelos, démelos.

—Según el horóscopo de esta semana, Saturno está en conjunción con Capricornio —dijo el cura Cirilo, riendo para sus adentros la gran burla que hacía a las brujas y baladrones de aquel callejón—. Probad acaso con el 12 y el 77, pero no juguéis mucho porque no lo veo claro.

—Dios le bendiga, hombre santo.

Y el hombre santo anduvo regocijado por las calles, con el manteo al viento, con el sombrero ondeante, sabiendo que antes del día del sorteo estaría lejos de Nápoles y que entonces habría ganado su verdadero terno. El pobre hombre jamás podía imaginar que iba a caer en la boca del lobo.

El barón de Santafusca pensaba en la manera de sacar provecho a la avaricia de don Cirilo, como el cura había hecho de su miseria.

Muchos proyectos le rondaban la cabeza; la mayoría eran grises, pero uno parecía distinguirse por su negrura. En un principio, lo rechazó rápidamente, pero una vez tornado a su mente decidió considerarlo. Era una idea vestida de negro, el color del cura.

¿Qué había dicho don Cirilo? Que quería partir, mejor dicho, que quería huir de Nápoles en absoluto secreto; que el jueves día 4 iría a la villa con el dinero en metálico para certificar el acuerdo ante el notario; que jamás volvería a Nápoles, porque había gente que amenazaba su vida sólo para obtener los números.

Eso había dicho el cura.

Un día, un hatajo de hampones lo había raptado; y lo habrían asesinado si en aquel punto la Providencia no le hubiese socorrido.

Con estos elementos no parecía difícil alumbrar un magnífico proyecto, con tal de no mirar demasiado a escrúpulos y prejuicios.

El barón sintió la necesidad de recogerse en sus pensamientos y volvió a casa pletórico de esperanzas y fantasías.

Habitaba desde hacía algunos años en un pequeño apartamento en la calle de Speranzella, y no tenía consigo más que a una vieja señora que había sido su institutriz en los ya lejanos días de esplendor de los Santafusca.

Sobrevvenida la ruina, doña Magdalena había permanecido afe-
rrada al último vestigio de aquella gloriosa familia, con el denuedo mismo de quienes se agarran a un duro escollo para evitar el naufragio. Aunque hayan de morir de hambre en aquel escollo desnudo, prefieren sufrir un día más a sucumbir en el acto.

El barón no había tenido el valor de deshacerse de aquella pobre mujer que hacía de ama de casa, ni de Salvatore, el único mayordomo de la villa, un anciano de setenta años, con ambas piernas enfermas, y casi vencido por la edad y los achaques.

Doña Magdalena y Salvatore eran cuanto quedaba del viejo fasto; el resto había sido vendido o hipotecado. Ninguno recibía salario; ambos vivían mezquinamente del remanente de una casa que se derrumbaba sobre sus cabezas.

Doña Magdalena, con su abnegada bondad, había entregado sus ahorros a don Carlo, que en una sola noche se había jugado todo cuanto la pobre institutriz había atesorado en cuarenta años de vida modesta. Ahora, ya no le quedaba nada y cada día debía suplicar a su amo y señor que no la dejase morir de hambre. Eran súplicas sin reproches, palabras respetuosas y sumisas, expresadas con la devoción y el cariño que sólo una madre puede para un hijo díscolo. Todo lo que provenía de don Carlo era, para aquella humilde institutriz, hermoso, grande, digno de alabanza o perdón.

Es justo decir que el barón guardaba por su vieja maestra un sentimiento que ni el tiempo ni los excesos habrían podido destruir.

La voz gemebunda de Magdalena poseía aún la virtud de turbar la endurecida conciencia de un hombre que por lo demás permanecía indiferente a cualquier afecto. Un eco dulce y piadoso que se ocultaba en el decadente edificio de su conciencia; y Magdalena nunca hablaba en vano.

Con frecuencia, se preguntaba el barón si acaso él era un canalla digno de la horca por haber robado el dinero de aquella pobre criatura, por dejarla morir de hambre y soledad.

Al volver a casa tras su charla con don Cirilo, no pudo por menos de confrontar a esta pobre víctima, que apenas vivía del aire, con aquel cura que tenía el jergón lleno de monedas.

La institutriz compartía el destino de aquella antiquísima casa y, como sus muros, también se caía a pedazos; nunca se lamentaba, o sólo lo hacía cuando el hambre era superior a su paciencia; portaba con orgullo la bandera del honor hasta el último aliento. El cura, en cambio, intrigaba, hurgaba en sus heridas, pretendía desvalijar a un Santafusca.

Magdalena había acompañado a su pobre madre en la muerte —pensaba el barón mientras subía las escaleras— y nada había hecho él en su correspondencia. Si fuese a prisión, la pobre mujer moriría de hambre en la calle.

Según decían las crónicas, por las venas de los Santafusca corría sangre de la realeza normanda. Y aunque el último de los barones bien

podía morir de un disparo certero con reputación de bandolero, era una ignominia dejarse chupar la sangre por un murciélago.

Y mientras urdía estos pensamientos, el alma del barón se avivaba y embravecía.

¿Qué era un vil curastre comparado con un barón?

El cura debía ir a la villa con mucho dinero y quizá con una nota de todos los tesoros escondidos en su jergón.

La villa estaba desierta; y Salvatore era medio sordo y rematadamente estúpido.

El domingo por la mañana debía restituir el dinero al Sacro Monte; si no, *marchando* a prisión.

Magdalena moriría de hambre. Ciertamente no había en todo el planeta otro corazón al que deseara un bien sincero y desinteresado.

La villa era un lugar solitario, al que apenas entraba nadie desde hacía diez años.

Siempre había faltado dinero para restaurarla y ahora se la disputaban las ratas y las cabras que Salvatore criaba en el antiguo jardín.

En Santafusca, nadie conocía al cura Cirilo.

En Nápoles, nadie estaría al corriente de su partida; de modo que...

«Despojados del dinero, ¿qué era aquel esqueleto humano disfrazado de cura? No era un hombre, era una mera suma, una bolsa de dinero. Podría salvar el honor de mis padres, podría escapar a la prisión, librar del hambre a Magdalena, saldar mis deudas, procurar comida a los indigentes, dar limosna, restablecer la justicia, cumplir con la ley natural».

Muchas veces dio vueltas el barón a estas ideas durante los días que mediaron hasta el fatídico jueves 4 de abril.

El tiempo no parecía avanzar, mucho más por cuanto el barón permanecía casi siempre en su domicilio, encerrado en su pequeño estudio, en el silencio de una casa muerta, siempre presto a tejer aquella inmundicia trama.

Cada día, cada hora, cada minuto, se persuadía de que no había otro remedio, de que una fuerza superior lo impulsaba hacia aquel extraordinario suceso; se trataba de tender una trampa al cura y...

La dificultad radicaba en hacerlo sin pasión, con frialdad y diligencia.

El barón estaba por encima de los prejuicios. Si con la muerte hubiese creído cometer un delito contra la naturaleza o contra un superior directo o inmediato, nunca lo hubiese consumado, aunque sólo fuera por

vivir en paz y guardar un cierto sentido de la dignidad y el decoro.

Pero estaba profundamente persuadido de que el hombre era un puñado de tierra, que la tierra vuelve a la tierra y se confunde con ella. «La conciencia —había escrito el doctor Panterre— es un jeroglífico escrito con tiza sobre una tabla negra. Tan pronto se borra como se escribe. La conciencia es el lujo, la elegancia del hombre feliz. ¿Y Dios? Dios es la cabeza de un alfiler clavado en el acerico del cielo...».

Y en este lado de la conciencia, el barón estaba perfectamente tranquilo.

Si hubiera creído que debía adoptar el papel de Macbeth o perder los sueños como el viejo Aristodemo, nunca se hubiese entrometido; pero no tenía interés alguno en tomar el oficio de Rossi o Salvini⁷.

No había más que un peligro en esta misión, a saber: maniobrar con demasiada precipitación y así descubrirse ante la justicia. Al fin y al cabo, la sociedad es como la mujer. No se ofende de la traición sino cuando la conoce. Si permanece ignorante, te sigue queriendo como siempre.

Necesitaba pues obrar con prudencia, de manera que el cura desapareciese sin escándalo, como una roca liberada en la superficie del agua y vencida suavemente por la gravedad.

Absorto en estos pensamientos, pasó el lunes, el martes y parte del miércoles. El barón comenzó entonces a sufrir los efectos de la constante cavilación y advirtió que no permanecía demasiado tranquilo en Nápoles. Más de una vez se sorprendió en la calle gesticulando, con las manos abiertas siguiendo un dilema mental que lo constreñía, con un rabioso desasosiego que lo hacía precipitarse por entre los viandantes sin motivo aparente. Empezó a temer que la gente pudiese leer sus pensamientos a través de las arrugas. Impaciente, agitado y febril, el miércoles por la mañana decidió tomar la pluma y escribir unas pocas palabras al cura:

Estimado don Cirilo,

He partido hoy para dar algunas órdenes en la villa. Me acompaña don Nunziente, que ya está al tanto del negocio y cree que usted va a cerrar un trato ventajoso. Tranquilo, debo expiar mis pecados. No sé si le hablé del parque que rodea la villa, que se extiende por más de veinte millas. Se lo cederé asimismo si tiene el dinero sufi-

⁷ Se refiere el autor a Ernesto Rossi y Tommaso Salvini, dos de los mejores y más afamados actores del teatro italiano de la segunda mitad del XIX; interpretaron en numerosas ocasiones obras de Shakespeare [N. del T.].

ciente. Pero lo necesitaré de inmediato, porque anoche mi particular diablo me hizo perder una vez más en el juego. Le espero mañana.

El tren parte a las doce y veinte, y usted debería estar en la villa a eso de la una. Desde la estación debe seguir el camino de olivos; dejaré abierto el portón. En la villa puede usted dormir cómodamente.

Hasta la vista

A las diez echó la carta en el buzón, como queriendo confiar una parte de su responsabilidad a la suerte, y partió solo para Santafusca en el tren de las doce y veinte.

El cura Cirilo no perdió el tiempo.

Debía disponer y resolver muchos asuntos para, sin despertar sospechas, lograr por fin sustraerse a las insoportables persecuciones a las que era sometido.

Se vio con el Moyuelo y liquidó muchas de sus cuentas pendientes, aunque tuvo que dejarle ganar más de lo que merecía; debía ser desprendido si quería inducir al otro a pagar con presteza.

Pasó después por la Caja de Ahorros del Banco de San Giacomo y retiró muchos de los títulos de renta que, para mayor seguridad, tenía allí depositados. Eran los frutos de una vieja heredad y sus secretas especulaciones.

Más tarde, escribió una nota a su casero, haciéndole saber que por cuestiones familiares urgentes debía abandonar súbitamente Nápoles. Y no teniendo absoluta certeza de cuando volvería, entregaba el dinero del alquiler y la llave de la vivienda a Genarillo el remendón, su sobrino, que siguiendo sus precisas instrucciones retiraría todos los enseres.

Corrió luego al Sacro Monte a tratar la causa del desdichado barón. Encontró al administrador y le manifestó, con lágrimas en los ojos, que el libertino se hallaba al borde del abismo. No había necesidad, mostrándose duro e inflexible, de empujar a aquel pobre cristiano a la desesperación. Había venido, por cuenta del barón, a tratar una posible conciliación, pues un escándalo también perjudicaría el buen nombre de la institución.